

Luciérnagas

Víctor Pliego

HAY UNA invasión de luciérnagas en los espectáculos. Vas al cine, al teatro, a la ópera, a un concierto y, ¡zas!, allí están, brillando entre el público, revoloteando de mano en mano, deslumbrando en los oscuros y distrayendo muchas veces. Son generalmente silenciosas, pero sus luces me empiezan a incomodar tanto como sus tonillos; porque estas modernas candelas proceden de los teléfonos móviles, de sus pérfidas pantallitas. Son ingenios de “nueva generación”, cada vez más avanzados, con ventanas de mayor luminosidad y superficie. Dicen que acabarán sirviendo para exhibir largometrajes, pero eso yo, por edad y por presbicia, no lo veré.

En cualquier caso, ¿qué porras hay que andar mirando en el móvil durante un espectáculo?: ¿llamadas perdidas?, ¿mensajes de texto?, ¿la cotización bursátil? Con las mega-pantallas en color, alta resolución y superbrillo, se suma a la contaminación sonora la contaminación luminosa. Afortunadamente parece ser que de momento el asunto sólo perturba a algunos sujetos susceptibles e hipersensibles (como el que suscribe), pues si molestara a la mayoría, me imagino que se produciría más de un linchamiento verbal.

Recomiendo a los fabricantes que inserten en las instrucciones de sus infernales invenciones un código deontológico sobre el correcto uso de las alarmas y de los destellos de los teléfonos portátiles en los lugares públicos. Es algo que también debería incluirse en el plan de estudios de esa polémica asignatura que trata de inculcar, con mejores intenciones que resultados, urbanidad y buenas maneras a los ciudadanos del futuro. Muchos hay que, por ignorancia o por desidia, no saben usar debidamente el botón de apagar.